ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

UN ORTEGA DE TODOS

MOLINUEVO, José Luis: *Para leer a Ortega*. Madrid: Alianza Editorial, 2002. 263 p.

RAMÓN RODRÍGUEZ

Escribir un libro invitando a la lectura de otros libros, de los libros de otro autor, siempre me ha parecido una tarea erizada de dificultades múltiples. Obligada a alejarse al máximo de la clásica monografía –lo más opuesto a una incitación a la lectura abierta–, tiene igualmente que rehuir la acumulación de citas, al modo de las antologías, que siempre terminan por aburrir y que nunca trasladan al lector a un enfrentamiento directo con la obra de que se trata. Encontrar una fórmula atractiva, que no repita el modelo tradicional de la literatura secundaria, de los libros sobre X, es una empresa arriesgada pero necesaria. José Luis Molinuevo, consciente, creo yo, del problema, ha planteado en *Para leer a Ortega* un recorrido por la obra del filósofo madrileño que consigue lo esencial: que el lector sienta el interés por proseguir la lectura de los textos, pocos, que se transcriben de él, y que se vea crecientemente movido por la pretensión de conocer más calmosamente la peripecia intelectual que es Ortega.

Presentar la obra de Ortega como un texto que apetezca ser leído requiere hacerse cargo, siquiera sea mínimamente, de la situación en que su pensamiento y su figura se encuentran hoy en la cultura española. Ortega no es, desde luego, un desconocido en ella ni un clásico olvidado. Goza y ha gozado siempre de una presencia constante, pero de una presencia claramente insatisfactoria, inadecuada a un pensamiento cuya vitalidad reside precisamente en atender a los signos de los tiempos y en proporcionar, desde un estilo propio, las claves para interpretarlos. En este sentido tiene razón Molinuevo cuando subraya que su obra "ha conocido el destino singular de los extremos: se ha convertido en objeto de magníficos trabajos especializados y socialmente es ya una casa de citas: pero falta su presencia en ese territorio intermedio de la alta cultura" (p. 10). De su escasa presencia en los medios académicos y de su reclusión en el equívoco apartado "pensamiento español" habrá que hablar a fondo algún día; lo que es indudable es que los trabajos de altura que sobre su obra se realizan no compensan esa relativa ausencia, ni mucho menos las obligadas citas orteguianas, de efectos puramente retóricos, que empedran, con desesperante monotonía, los discursos de tantos actos políticos y académicos. Si con su referencia a la "alta cultura" Molinuevo está pensando en ese ámbito impreciso, pero real, en que se produce el debate vivo de las ideas dominantes de nuestra situación, en que se analizan los rasgos esenciales de la época actual, no se puede sino estar de acuerdo: la presencia de Ortega es en él, por desgracia, insuficiente. Pero reavivar esa presencia supone ante todo hacer que Ortega sea sencillamente leído, leído con esa forma

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 5. 2002

Cómo citar este artículo:
Rodríguez, R. (2002). Un Ortega para todos. Reseña de "Para leer a Ortega" de José Luis Molinuevo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (5), 210-214.
https://doi.org/10.63487/reo.753

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

de lectura en la que el lector incorpora lo que lee a la propia experiencia e ilumina así la situación en la que vive, más allá de su posición de "clásico español". Y de eso se trata en el libro de Molinuevo, de presentar un Ortega que sea desde el inicio percibido como quien tiene algo que decir a esos lectores que buscan hoy, a principios del siglo XXI, algún tipo de orientación.

Su propuesta de acercamiento a la obra de Ortega es orteguiana, obedece a la propia pretensión del filósofo de entender su pensamiento inscrito en su trayectoria vital, con la que se funde y a la que responde; atender a la deliberada circunstancialidad de la obra orteguiana es quizá el único principio hermenéutico que es fiel a la "cosa misma" y que no le impone una visión ajena. Pero justo por ello, por el polifacetismo de la personalidad de Ortega, por los múltiples intentos de todo orden que jalonaron su existencia y por la extrema ocasionalidad de tantos de sus textos, la diversidad de interpretaciones tiene mayor apoyatura que en otras obras más abstractas. De ahí que, acertadamente, Molinuevo proponga una suma de esfuerzos, una diversidad de narraciones que, complementándose, ofrezcan un "Ortega de todos".

De acuerdo con esa circunstancialidad, el libro adopta la estructura de una biografía intelectual, en que el análisis de las ideas se entreteje con la peripecia vital, un poco al modo como, en los últimos tiempos, Safranski se ha acercado a las obras de Schopenhauer, Heidegger o Nietzsche. Así, la exposición del pensamiento orteguiano se distribuye en tres etapas "mocedades", "la nueva sensibilidad" y "la segunda navegación", expresiones de Ortega que enmarcan bien el período que precede a 1914, el apogeo de la presencia pública de Ortega en la vida cultural y política española y la retirada reflexiva a la elaboración de su pensamiento filosófico, que se cifra en el segundo viaje a Argentina (1928) más que en la solemne declaración de Ortega en 1932. Sin embargo, esta disposición biográfica es en cierto sentido engañosa: primero porque las referencias, típicamente "biográficas" a la vida personal de Ortega, a las circunstancias históricas y culturales, son relativamente escasas y no demasiado relevantes para el análisis de las ideas, que se lleva con mucho la palma; segundo, porque las líneas de fuerza del pensamiento de Ortega, que Molinuevo expone, atraviesan las etapas biográficas y obligan con frecuencia a reasumir lo ya dicho, produciendo una cierta reiteración en el texto, inevitable cuando se trata de una obra que, pese a su fama de dispersa, tiene un núcleo esencial que se dice de diversas maneras.

Y esto es, me parece, lo decisivo de la presentación de Ortega que Molinuevo ofrece: las líneas que esbozan el contorno del pensamiento de Ortega y que el autor resalta para dibujar el rostro que le parece más veraz y atractivo. Sin hacer, afortunadamente, ninguna declaración programática –*intelligenti pauca*– creo que la lectura de *Para leer a Ortega* deja una imagen bastante clara de la faz de Ortega que Molinuevo quiere dejar en la retina intelectual de sus lectores.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Una imagen que realza aquellos rasgos de su fisonomía que, presumiblemente, el autor considera más atractivos para la sensibilidad actual. ¿Cuáles son? Sin pretensión de agotar todos los aspectos que el libro toca, me parece que la propuesta de lectura de Ortega destaca varias claves.

La primera es, indiscutiblemente, el sentimiento estético de la vida. No en vano el propio Molinuevo había ya confeccionado una antología de textos de Ortega presentándolos desde este ángulo de visión[1]. Con la expresión "sentimiento estético de la vida" se alude a algo mucho más radical que a un sentimiento o estado de ánimo más o menos fluctuante que invadiera la personalidad de Ortega; se trata del modo orteguiano de estar instalado en el mundo, de su manera de abordar y ser abordado por la circunstancia. La afirmación gozosa de la realidad, de su inagotable multiplicidad y del placer que se encuentra en el tráfico con ella es una característica esencial del espíritu orteguiano que configura lo más propio de su estilo. Este sentimiento estético de la vida juega un papel crucial en la estrategia de Molinuevo: define, desde las primeras líneas dedicadas a las mocedades "el nivel del radicalismo" orteguiano (p. 25), le sirve para destacar a Ortega respecto de sus compañeros de generación (Heidegger, Wittgenstein, Benjamin, Hartmann, etc.), pero también de Unamuno y Baroja, los grandes representantes de la Generación del 98, caracterizados por un sentimiento trágico de la vida, que en Baroja, además, desemboca en una concepción nihilista (p. 74), pero además, constituye el núcleo de su actitud política (p. 49) y se identifica sencillamente con la "nueva sensibilidad" que inaugura el siglo XX (pp. 88 y 130) y de la que Ortega se siente plenamente partícipe. Una cara peculiar de esa instalación estética ante el mundo la ofrece la concepción de la propia vida como arte, o en otros sentido, la de ser novelista de sí mismo. La adopción por Ortega de la idea de Nietzsche de que la máxima obra de arte es la propia vida da una concreción precisa al sentimiento estético de la vida. Molinuevo comenta con acierto un texto de Ortega en la inauguración del museo del Marqués de Vega Inclán (II, 514 y sgs.), para entresacar algunos rasgos esenciales de ese estilo vital que hay que conquistar y proponer como la alternativa propia de la "nueva sensibilidad".

Puesto en acción en el desarrollo del libro, el sentimiento estético de la vida se convierte en una auténtica clave de interpretación que ilumina casi todos los pasos decisivos de la biografía intelectual de Ortega. Todos los aspectos destacables de la propuesta de lectura que Molinuevo lleva a cabo tienen su raíz en él y así la compleja obra de Ortega aparece como diversas modulaciones de una misma actitud estética. Hay ocasiones en que la fijación en dicha clave produce el efecto de reiteración al que antes me refería, como los numerosos pasajes en que se opone el sentimiento estético al temple de ánimo de la

[1] José ORTEGA Y GASSET, *El sentimiento estético de la vida*. Edición de J. L. Molinuevo. Madrid: Tecnos, 1995.

angustia, para destacar la distancia que separa a Ortega de Heidegger o Sartre. Pero en general su utilización da buenos frutos. En dos ámbitos me parece especialmente fecunda: en la "revisión de los mitos españoles" (Don Juan, Don Quijote, El Escorial, etc.) y en la exposición de la concepción ética de Ortega. Respecto del primero, las páginas dedicadas a la "síntesis española" obtenida a través de la meditación sobre esos símbolos universales de la cultura hispánica me parecen de lo más logrado del libro. Molinuevo logra hacer interesante y no repetitivo el enfrentamiento orteguiano con esos mitos, que les dota de una vida y un magnetismo nuevos. La sustancia de esa renovación es lo que Molinuevo llama el "idealismo cervantino", que no proyecta sobre la realidad los ideales del sujeto, sino que, al revés, quiere salvar al sujeto en las cosas y por ellas, llevándolas a su plenitud, dejándolas culminar sus propias posibilidades de perfección; en ese idealismo "el imperativo estético se convierte en ético, porque si el individuo consiste en la totalidad de las relaciones, querer ser uno mismo es querer ser otro" (p. 71). El sentimiento estético lleva a una generosidad con las cosas que ensancha el ámbito del sí mismo y con ello cumple la obra, ética y estética a la vez, de realizar la propia vida. Es desde aquí desde donde se hace comprensible la "crítica del esfuerzo puro", de ese esfuerzo cuya inutilidad produce melancolía (p. 72), porque busca la imposición de un ideal y de un derroche de voluntad a una realidad que siempre se muestra reticente y esquiva, que Ortega veía representada en esos grandes símbolos españoles[2]. En cuanto a la manera orteguiana de ver la ética, el ángulo estético de visión permite sin dificultad mostrar que la ética, antes que realización en la propia vida de un deber ser, es un *ethos*, un modo de ser que se identifica con esa generosidad vital del sentimiento estético por el que las cosas nos marcan su propia distancia para ser *bien* vistas y comprendidas. Ese ethos no es ajeno a una idea de salud vital, de estar en plena forma, una cierta exuberancia vital, que contiene una reivindicación de cuerpo (p. 140), y que, de acuerdo con ciertos pasajes orteguianos, contrasta con la ética normativa del deber ser. La fidelidad a las cosas es el ethos en que ética y estética se reúnen. Son múltiples las páginas de *Para leer a Ortega* en que esta visión de lo ético aparece una y otra vez reflejada. Hay un punto, sin embargo en que Molinuevo señala una inflexión importante: es el momento en el que, acercándonos ya a la "segunda navegación", la idea del "tener que ser" hace su aparición, modificando "la perspectiva optimista del hombre como 'novelista de sí mismo', es decir que imagina y decide su proyecto vital" (p. 143), modifi-

[2] Llama la atención que pasajes importantes de la interpretacción que Molinuevo hace de esta revisión de los mitos españoles se basen en el texto de Ortega llamado *Temas de El Escorial*, que no aparece contenido en las *Obras Completas*, ni es tampoco uno de los textos que la Bibliografía del final del libro señala como no contenidos en dichas *Obras*. Al lector le resulta así imposible saber de dónde están extraídas las citas de este texto, cuya lectura completa querría gustosamente hacer.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

cación que subraya la presencia de una íntima vocación, de un sí mismo que hay inexorablemente que ser y que hace que Ortega retome, como Heidegger y tantos otros, el lema pindárico "llega a ser el que eres". Esta fidelidad a sí mismo dota ahora de una gravedad nueva al sentimiento estético de la vida.

Con independencia de este eje central, el libro de Molinuevo contiene multitud de sugerencias de aproximación a la obra de Ortega, que al lector le dejan con ganas de mayores desarrollos, pero que, precisamente por eso, le incitan a la lectura directa de los textos orteguianos, meta final del libro. Hay dos que no me resisto a mencionar, porque nos sitúan en medio de temas muy centrales del pensamiento contemporáneo, que, debidamente explorados en sus posibilidades, nos mostrarían un Ortega plenamente vigente. Me refiero a la idea de un humanismo tecnológico y a la complementariedad entre razón histórica y metafísica de la vida. Molinuevo acentúa con razón la originalidad de la *Meditación* orteguiana de la técnica; es ciertamente una visión que celebra la técnica como prolongación natural de ese animal fantástico que es el hombre y de la que por tanto hay que tener una valoración positiva, como un aparato ortopédico que suple nuestras deficiencias y que nos ayuda a habitar en el mundo, algo muy alejado de las lamentaciones "humanistas" o de la interpretación metafísica de Heidegger. Molinuevo lleva esta originalidad hasta convertirla en la propuesta de un "humanismo tecnológico", con el que cierra el libro, pero del que da muy escasas pinceladas; probablemente esta sea una de las líneas más interesantes de prosecución del pensamiento de Ortega y bueno sería que alguien, tal vez el propio Molinuevo, se adentrara en esa senda.

En otro momento del libro se señala que "parece como si en Ortega se desarrollaran en los años treinta dos proyectos complementarios: el de una metafísica de la razón vital que se pregunta qué es la vida y el de una razón histórica que lo hace por cómo ha sido una vida humana" (p. 197). Y más adelante, articulando esa complementariedad, "todo ello es lo que constituye el 'argumento' de una vida, cuya teoría general es la que expone la razón vital, pero cuyo contenido personal es la que narra la razón histórica" (p. 212). Pues bien, la relación entre una teoría general de la vida, expresable categorialmente, y el de una razón narrativa, que sería la única manera de dar cuenta de la identidad de los individuos humanos, sigue siendo un problema esencial del pensamiento contemporáneo y leer a Ortega desde esta perspectiva, como un pensador que ha abordado a la vez una ontología de la vida y una teoría de la identidad narrativa no es una forma de reivindicar su figura, es sencillamente una forma de contribuir al avance del pensamiento. Con ello, de rechazo, se lograría lo que *Para leer a Ortega* tenía como meta: servir de puente, a través de Ortega, hacia el pensamiento mismo.